

LAS DULCES UTILIDADES DE LA ADVERSIDAD

Volumen 1 – Sermón No. 283

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
13 DE NOVIEMBRE DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“Hazme entender por qué contiendes conmigo”
Job 10:2***

¿Y contendrá Dios con el hombre? Si Dios se enoja, ¿no podrá quitarle el aliento de sus narices y postrarlo en el polvo de la tierra? Si el corazón del Todopoderoso se conmueve con ardiente desagrado, ¿no puede hablar en Su ira, y no se hundirá el alma del hombre en el más bajo infierno? ¿Se contendrá Dios, se pondrá en orden de batalla contra su criatura? ¿Y tal criatura, la criatura de una hora, una cosa que no es, que hoy está aquí y mañana se habrá ido? ¿Luchará el Todopoderoso contra la nada del hombre? ¿Tomará el Dios eterno las armas de guerra y saldrá a luchar contra el insecto de un día?

Bien podríamos gritarle: "¿Detrás de quién ha salido mi Señor el rey? ¿Tras un perro muerto, tras una pulga?". ¿Cazarás la perdiz en los montes con un ejército, y saldrás contra un mosquito con escudo y lanza? El Dios eterno, que no desfallece ni se cansa, ante cuya reprensión tiemblan y se sobresaltan las columnas del techo estrellado del cielo, ¿se convertirá en combatiente de una criatura? Sin embargo, nuestro texto lo dice. Habla de Dios conteniendo con el hombre.

Ah, ciertamente, hermanos míos, se necesita muy poca lógica para entender que ésta no es una contienda de ira, sino una contienda de amor. Creo que no necesitamos más que una breve mirada para descubrir que si Dios contiende con el hombre, debe ser una contienda de misericordia. Debe haber un designio de amor en esto. Si estuviera airado, no condescendería a razonar con Su criatura, y a tener una contienda de palabras con ella, mucho menos se pondría Su escudo y empuñaría Su espada, para levantarse en batalla y contender con una criatura como el hombre.

Todos ustedes percibirán de inmediato que debe haber amor incluso en esta palabra aparentemente airada, que esta contención debe, después de todo, tener algo que ver con el

contentamiento, y que esta batalla debe ser, después de todo, sino una misericordia disfrazada, sino otra forma de un abrazo del Dios de amor. Llevad esta consoladora reflexión en vuestros pensamientos mientras os estoy predicando, y si alguno de vosotros está diciendo hoy: "Muéstrame por qué contiendes conmigo", el hecho mismo de que Dios contienda con vosotros, el hecho de que no os haya consumido, de que no os haya azotado hasta el más bajo infierno, puede proporcionaros, desde el principio, consuelo y esperanza.

Ahora, me propongo dirigirme a las dos clases de personas que están haciendo uso de esta pregunta. Primero, hablaré al santo probado, y luego hablaré al pecador que busca, que ha estado buscando paz y perdón por medio de Cristo, pero que aún no lo ha encontrado, sino que, por el contrario, ha sido golpeado por la ley, y alejado del propiciatorio con desesperación.

I. Primero, pues, al **hijo de Dios**.

Tengo, sé que tengo, en esta gran asamblea, algunos que han llegado a la posición de Job. Ellos están diciendo: "Mi alma está cansada de mi vida, dejaré mi queja sobre mí mismo, hablaré en la amargura de mi alma. Diré a Dios: No me condenes, muéstrame por qué contiendes conmigo".

A veces, cuestionar a Dios es perverso. Así como los hombres de Bet-emes fueron heridos de muerte cuando se atrevieron a levantar la tapa del arca y mirar en sus sagrados misterios, así también es a menudo muerte para nuestra fe el cuestionar a Dios. Sucede a menudo que las plagas más dolorosas nos sobrevienen a causa de una curiosidad impúdica que anhela husmear entre las hojas dobladas del gran libro del consejo de Dios, y averiguar la razón de Sus misteriosas providencias. Pero creo que ésta es una pregunta que puede hacerse. Preguntar aquí no será meramente curioso, pues habrá un efecto práctico que se derivará de ello.

Santo atribulado, sígueme mientras trato de examinar este misterio y responder a tu pregunta, y te ruego que elijas una de las varias respuestas que te propondré, la que, a tu juicio, iluminado por el Espíritu Santo, te parezca la correcta. Has sido probado por problemas tras problemas, los negocios se cruzan en tu contra, la enfermedad nunca está fuera de tu casa, mientras que en tu propia persona eres continuamente objeto de una triste depresión de espíritu. Parece como si Dios estuviera conteniendo contigo, y tú preguntas: "¿Por qué es esto? Muéstrame por qué contiendes conmigo".

1. Mi primera respuesta de parte de Dios, hermano mío, es esta: puede ser que Dios esté conteniendo contigo para mostrar Su propio poder al sostenerte. Dios se deleita en Sus santos, y cuando un hombre se deleita en su hijo, si se trata de un niño notable por su brillante intelecto, se deleita al verlo sometido a preguntas difíciles, porque sabe que será capaz de

responderlas todas.

Así se gloria Dios de sus hijos. Le encanta oírlos en pruebas, para que el mundo entero vea que no hay nadie como ellos sobre la faz de la tierra, y hasta Satanás se vea obligado, antes de encontrar una acusación contra ellos, a recurrir a su inagotable fondo de mentiras.

A veces Dios pone a propósito a Sus hijos en medio de las pruebas de este mundo. A la derecha, a la izquierda, delante, detrás, están rodeados. Por dentro y por fuera se libra la batalla. Pero allí está el hijo de Dios, tranquilo en medio del grito desconcertante, confiado en la victoria. Y entonces el Señor señala alegremente a su santo y le dice: "Mira, Satanás, él es más que un rival para ti. Por débil que sea, por Mi poder todo lo puede".

Y a veces Dios permite que el mismo Satanás venga contra uno de Sus hijos, y el negro demonio del infierno en alas de dragón, sale al encuentro de un pobre cristiano justo cuando está desfallecido y cansado por los tropiezos en el valle de la humillación. La lucha es larga y terrible, y bien puede serlo, pues es un gusano combatiendo con el dragón.

Pero vean lo que puede hacer ese gusano. Es pisoteado, y sin embargo destruye el talón que lo pisa. Cuando el cristiano es abatido, lanza un grito: "No te alegres de mí, enemigo mío, porque aunque caiga, volveré a levantarme". Y así Dios señala a Su hijo y dice: "¡Mira allí! mira lo que puedo hacer, puedo hacer que la carne y la sangre sean más poderosas que el espíritu más astuto, puedo hacer que el pobre hombre débil y tonto, sea más que un rival para toda la astucia y el poder de Satanás".

¿Y qué diréis a esta tercera prueba que Dios nos hace pasar? A veces Dios mismo, por decirlo así, entra en las listas, oh, maravilla que lo contemos. Dios, para probar la fuerza de la fe, a veces Él mismo hace la guerra a la fe. No piensen que esto es una exageración de la imaginación. Es un simple hecho.

¿Nunca has oído hablar del arroyo Jaboc y de aquel Dios vestido de ángel que luchó allí con Jacob y le permitió vencer? ¿A qué se debió esto? Fue esto, así lo había determinado Dios: "Fortaleceré tanto a la criatura, que le permitiré vencer a su Creador". Oh, qué noble obra es ésta, que mientras Dios está derribando a Su hijo con una mano, lo sostenga con la otra, dejando que una medida de omnipotencia caiga sobre él para aplastarlo, mientras la misma omnipotencia lo sostiene bajo la tremenda carga.

El Señor muestra al mundo: "¡Vean lo que puede hacer la fe!" Bien canta Hart sobre la fe:

***"Pisa el mundo y el infierno;
vence a la muerte y a la desesperación;"***

***y ¡oh! maravillémonos de contarlo,
vence al cielo con la oración".***

Esta es la razón por la que Dios contiene contigo, para glorificarse a sí mismo, mostrando a los ángeles, a los hombres, a los demonios, cómo puede poner tal fuerza en el pobre hombre enclenque, que pueda contender con su Hacedor, y convertirse en un príncipe vencedor como Israel, que como príncipe tuvo poder de Dios, y prevaleció. Esta, pues, puede ser la primera razón.

2. Déjame darte una segunda respuesta. Tal vez, ¡oh alma probada! el Señor está haciendo esto para desarrollar tus gracias. Hay algunas de tus gracias que nunca serían descubiertas si no fuera por tus pruebas. ¿No sabes que tu fe nunca luce tan grandiosa en verano como en invierno?

¿No has oído decir que el amor es con demasiada frecuencia como una luciérnaga, que muestra poca luz si no es en medio de la oscuridad que la rodea? ¿Y no sabes que la esperanza es como una estrella, que no se ve bajo el sol de la prosperidad y sólo se descubre en la noche de la adversidad? ¿No comprendes que las aflicciones son a menudo las láminas negras en las que Dios pone las joyas de las gracias de sus hijos, para hacerlas brillar mejor?

Hace poco tiempo que de rodillas decías: "Señor, temo no tener fe, hazme saber que tengo fe". Pero sabes que estabas orando por pruebas, porque no puedes saber que tienes fe, hasta que tu fe sea ejercitada. Nuestras pruebas, por así decirlo, son como caminantes en un bosque. Cuando no hay intrusos en los silenciosos claros del bosque, la liebre y la perdiz reposan, y allí descansan y ningún ojo las ve. Pero cuando se oye el paso del intruso, entonces se les ve arrancar y correr por el verde sendero, y se oye el zumbido del faisán cuando busca esconderse.

Ahora, nuestras pruebas son intrusas en el descanso de nuestro corazón, nuestras gracias se ponen en marcha y las descubrimos. Ellas habían permanecido en su guarida, habían dormido en sus formas, habían descansado en sus nidos, a menos que estas pruebas intrusas las hubieran sobresaltado de sus lugares.

Recuerdo una sencilla metáfora rural utilizada por un divino difunto. Dice que nunca fue muy hábil para anidar pájaros en verano, pero que siempre podía encontrar nidos de pájaros en invierno.

Ahora bien, sucede a menudo que cuando un hombre tiene poca gracia, apenas puedes verla cuando las hojas de su prosperidad están sobre él, pero deja que el soplo del invierno venga y barra sus hojas marchitas, y entonces descubres sus gracias. Créanlo, Dios a menudo nos envía pruebas para que nuestras gracias sean descubiertas, y para que podamos ser

certificados de su existencia.

Además, el resultado de estas pruebas no es un mero descubrimiento, sino un crecimiento real. Hay una plantita, pequeña y achaparrada, que crece bajo la sombra de un amplio roble, y esta plantita valora la sombra que la cubre, y estima mucho el tranquilo descanso que le proporciona su noble amigo. Pero una bendición está destinada a esta plantita.

Érase una vez el leñador, y con su afilada hacha derriba el roble. La planta llora, y grita: "Mi refugio se ha ido, todo viento áspero soplará sobre mí, y toda tormenta tratará de desarraigarme". "No, no", dice el ángel de esa flor, "ahora el sol te alcanzará, ahora la lluvia caerá sobre ti en más copiosa abundancia que antes, ahora tu forma achaparrada brotará en hermosura, y tu flor, que nunca podría haberse expandido hasta la perfección, ahora reirá al sol, y los hombres dirán: "¡Cuánto ha crecido esa planta!" "¡Cuán gloriosa se ha vuelto su belleza por la eliminación de lo que era su sombra y su deleite!".

¿No ven, entonces, que Dios puede quitarles sus comodidades y sus privilegios para hacerlos mejores cristianos? Porque el Señor siempre entrena a Sus soldados, no dejándolos acostarse en camas de plumas, sino sacándolos y usándolos para marchas forzadas y servicio duro. Los hace vadear arroyos, y nadar ríos, y escalar montañas, y caminar muchas marchas largas con pesadas mochilas de dolor sobre sus espaldas. Esta es la manera en que Él hace a los soldados: no vistiéndolos con finos uniformes, para que se pavoneen en las puertas de los cuarteles, y para que sean finos caballeros a los ojos de los holgazanes en el parque.

Dios sabe que los soldados sólo se hacen en la batalla. No están para ser cultivados en tiempos de paz. Podemos cultivar el material del que están hechos los soldados, pero los guerreros se educan realmente con el olor de la pólvora, en medio de balas silbantes y cañonazos rugientes, no en tiempos suaves y pacíficos.

Pues bien, cristiano, ¿no puede esto explicarlo todo? ¿No está tu Señor sacando tus gracias y haciéndolas crecer? Esta es la razón por la que Él está conteniendo contigo.

3. Otra razón puede encontrarse en esto. Puede ser que el Señor contienda contigo porque tienes algún pecado secreto que te está haciendo mucho daño. ¿Recuerdas la historia de Moisés? Nunca fue un hombre mejor amado que él por el Señor su Dios, porque fue fiel en toda su casa como siervo.

Pero, ¿recuerdas cómo el Señor le salió al encuentro en el camino, cuando se dirigía a Egipto, y luchó con él? ¿Por qué? Porque tenía en su casa un niño incircunciso. Este niño era, mientras no tenía el sello de Dios sobre él, un pecado en Moisés, por lo tanto Dios luchó con él hasta que la cosa fue hecha.

Ahora, con demasiada frecuencia tenemos alguna cosa incircuncisa en nuestra casa, algún gozo que es malo, alguna diversión que es pecaminosa, alguna búsqueda que no es conforme a Su voluntad. Y el Señor nos encuentra a menudo como lo hizo con Moisés, de quien está escrito: "Jehová lo encontró en el camino, en la posada, y procuraba matarlo" (Éxodo 4:24). Ahora escudriña y mira, porque si los consuelos de Dios son pequeños contigo, hay algún pecado secreto dentro de ti. Apártalo, no sea que Dios te hiera aún más duramente y te veje en su ardiente desagrado. Las pruebas a menudo descubren pecados, pecados que nunca hubiéramos descubierto si no hubiera sido por ellas.

Sabemos que en Rusia las casas están muy infestadas de ratas y ratones. Tal vez un extraño apenas los notaría al principio, pero el momento en que los descubres es cuando la casa está en llamas, entonces salen en multitudes. Y así Dios a veces quema nuestras comodidades para hacer que nuestros pecados ocultos salgan, y entonces nos permite golpearlos en la cabeza y deshacernos de ellos. Esa puede ser la razón de tu prueba, poner fin a algún pecado largamente fomentado.

Puede ser también, que de esta manera Dios impida algún pecado futuro, algún pecado oculto a tus propios ojos en el que pronto caerías si no fuera porque Él te inquieta con Su providencia.

Había una hermosa nave que pertenecía al gran Amo de los mares; estaba a punto de zarpar del puerto de la gracia hacia el puerto de la gloria. Antes de zarpar, el gran Maestre dijo: "¡Marineros, sed valientes! Capitán, sed valientes, porque no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza; yo os llevaré sanos y salvos al puerto deseado. El ángel de los vientos está encargado de cuidaros en vuestro camino".

El barco navegaba alegremente con sus banderolas ondeando en el aire. Flotó a buen ritmo y con buen viento durante muchos días. Pero llegó un huracán que los desvió del rumbo y tensó el mástil hasta que se dobló como si fuera a partirse en dos. La vela se hizo jirones, los marineros se alarmaron y el propio capitán tembló. Habían perdido el rumbo. "Se habían desviado del rumbo correcto", decían, y se lamentaban sobremanera.

Cuando amaneció, las olas se calmaron y apareció el ángel de los vientos, al que hablaron y dijeron: "Oh ángel, ¿no se te había ordenado que te hicieras cargo de nosotros y nos preservaras en nuestros viajes?".

Él respondió: "Así era, y así lo he hecho. Vosotros navegabais muy confiados, y no sabíais que un poco más adelante de vuestra nave había una arena movediza en la que naufragaría y sería tragada rápidamente. Vi que no había otra forma de escapar que desviarte de tu rumbo. Mira, he hecho lo que se me ordenó, sigue tu camino".

Ah, esta es una parábola del trato de nuestro Señor con nosotros. A menudo nos desvía de nuestro rumbo tranquilo, que creíamos que era el camino correcto hacia el cielo. Pero hay una razón secreta para ello, hay una arena movediza adelante que no está marcada en la carta. Nosotros no sabemos nada al respecto, pero Dios lo ve, y Él no permitirá que este hermoso barco, que Él mismo ha asegurado, quede varado en cualquier parte, Él lo llevará a salvo a su puerto deseado.

4. Tengo ahora otra razón que dar, pero es una que algunos de ustedes no entenderán, otros sin embargo sí. Amados, recuerden que está escrito que "debemos llevar la imagen del celestial", es decir, la imagen de Cristo. Como Él era en este mundo, así debemos ser nosotros. Debemos tener comunión con Él en sus padecimientos, para que seamos conformes a su muerte. ¿Nunca han pensado que nadie puede ser semejante al Varón de dolores a menos que también tenga dolores? ¿Cómo puedes ser semejante a Él, que sudó como grandes gotas de sangre, si no dices algunas veces: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte"?

No pienses, oh bien amado, que puedes ser como nuestra cabeza coronada de espinas, y sin embargo nunca sentir la espina. ¿Puedes ser como tu Señor moribundo, y sin embargo no ser crucificado? ¿Debe tu mano estar sin un clavo, y tu pie sin una herida? ¿Puedes ser como Él, a menos que como Él te veas obligado a decir: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Dios te está cinceland; tú no eres sino un tosco bloque; Él te está convirtiendo en la imagen de Cristo, y ese afilado cincel está quitando mucho de lo que impide que seas semejante a Él. ¿Debe Él, que es nuestra cabeza, ser desfigurado en Su semblante a causa del dolor, y nosotros debemos regocijarnos y cantar para siempre? No puede ser,

***"Los herederos de la salvación, lo sé por Su Palabra,
a través de mucha tribulación deben seguir a su Señor".***

Dulce es la aflicción que nos da comunión con Cristo. Bendito el arado que ara surcos profundos, si los surcos son como los Suyos. Dichosa la boca que escupe sobre nosotros, si la saliva proviene de la misma causa que la que manchó Su rostro. Dichosos los clavos y las espinas, el vinagre y la lanza, si no nos hacen semejantes a Él, de cuya gloria seremos partícipes cuando le veamos tal como es.

Este es un asunto que todos no pueden entender, porque es un camino que ningún pie profano ha pisado, y ningún ojo descuidado lo ha visto siquiera. Pero el verdadero creyente puede regocijarse en él, porque ha tenido comunión con Cristo en sus sufrimientos.

5. Al hijo de Dios le daré sólo una razón más. Puede ser que el Señor contienda contigo, hermano mío, para humillarte. Todos somos demasiado orgullosos, los más humildes de

nosotros no hacen sino acercarse a la puerta de la verdadera humildad. Somos demasiado orgullosos, pues el orgullo, supongo, corre por nuestras venas, y no se puede sacar de nosotros más que la médula de nuestros huesos. Recibiremos muchos golpes antes de que seamos llevados a la marca correcta, y es porque estamos tan continuamente levantándonos que Dios está tan continuamente bajándonos de nuevo.

Además, ¿no sientes, al recordar tus problemas pasados, que después de todo has sido mejor cuando has tenido problemas? En verdad puedo decir que hay una tristeza en la alegría, y hay una dulce alegría en la tristeza. No sé cómo puede ser, pero ese vino amargo de la tristeza, cuando una vez que lo bajas, da tal calidez al hombre interior que ni siquiera el vino del Líbano puede proporcionar. Actúa con tal influencia tónica sobre todo el sistema, que las venas comienzan a estremecerse cuando la sangre salta por ellas. Extraña influencia. No soy médico, pero sé que mi copa dulce a menudo deja amargura en el paladar, y mi copa amarga siempre deja un sabor dulce en la boca.

Hay una dulce alegría en el dolor que no puedo comprender. Hay música en esta arpa con las cuerdas descordadas y rotas. Hay algunas notas que oigo de este laúd lúgubre que nunca oigo de la trompeta que suena fuerte. Suavidad y melodía obtenemos del lamento del dolor, que nunca obtenemos del canto de la alegría. ¿No debemos explicar esto por el hecho de que en nuestros problemas vivimos más cerca de Dios?

Nuestra alegría es como la ola que se precipita sobre la orilla, nos arroja sobre la tierra. Pero nuestras penas son como esa ola que retrocede, que nos succiona de nuevo hacia la gran profundidad de la Divinidad. Habríamos quedado varados y abandonados en la orilla si no hubiera sido por esa ola que retrocede, ese refluo de nuestra prosperidad, que nos lleva de regreso a nuestro Padre y a nuestro Dios.

Bendita aflicción, que nos ha llevado al propiciatorio, ha dado vida a la oración, ha encendido el amor, ha fortalecido la fe, ha metido a Cristo en el horno con nosotros, y luego nos ha sacado del horno para vivir con Cristo con más alegría que antes.

Ciertamente, no puedo responder mejor a esta pregunta. Si no he dado con la razón correcta, busca y busca, mi amado, pues la razón no está lejos si la buscas la razón por la que Él contiene contigo.

II. Habiendo terminado así con los santos, me dirigiré ahora al **pecador que busca**, que se pregunta por qué no ha encontrado paz y consuelo.

Por cierto, apartándome un poco del tema, la otra noche oí a un hermano decir, al describir su experiencia, que antes de convertirse nunca había estado enfermo, nunca había tenido aflicción alguna, pero que desde el mismo momento en que se convirtió, descubrió que las

pruebas y los problemas le sobrevenían con mucha intensidad. He estado pensando en eso desde entonces, y creo que he encontrado una razón para ello.

Cuando nos convertimos, es el tiempo del canto de los pájaros, pero ¿sabéis que el tiempo del canto de los pájaros es el tiempo de la poda de las viñas, y tan cierto como que el tiempo del canto de los pájaros llega, el tiempo de la poda de las viñas también ha llegado. Dios empieza a probarnos en cuanto empieza a hacer cantar nuestra alma.

Esto no es huir del tema. Pensé que lo era. Sólo me ha llevado a dirigirme al pecador.

Has venido aquí esta mañana diciéndote a ti mismo: "Señor, no hace mucho tiempo fui despertado a un sentido de mi estado perdido. Como se me indicó, me fui a casa y busqué misericordia en la oración. Desde aquel día hasta ahora nunca he dejado de orar. Pero, ¡ay! no obtengo consuelo, señor, estoy peor que nunca; quiero decir, estoy más abatido, más triste. Si me hubiera preguntado antes de la convicción, señor, si el camino al cielo era fácil, le habría dicho: 'Sí'. Pero ahora me parece que está sembrado de pedernales. Eso no me importaría, pero ¡ay! creo que la puerta que está al final del camino está cerrada, porque he llamado y nunca se ha abierto, he pedido y no he recibido, he buscado y no he encontrado. De hecho, en lugar de obtener paz recibo terror. Dios está contendiendo conmigo. ¿Puede decirme, señor, a qué se debe?".

Intentaré responder a la pregunta, que Dios me ayude.

1. Mi primera respuesta será ésta. Tal vez, mi querido oyente, Dios está contendiendo contigo por un tiempo, porque todavía no estás completamente despierto. Recuerda, Cristo no sanará tu herida hasta que no la haya sondeado hasta el fondo. Cristo no es un médico no calificado, ni un cirujano insensato, que cerraría una herida con carne orgullosa en ella, sino que tomará la lanceta, y cortará, y cortará, y cortará de nuevo transversalmente, y abrirá la llaga, la expondrá, mirará dentro de ella, la hará inteligente, y luego, después de eso, cerrará su boca y la sanará. Tal vez todavía no has conocido tu propia vileza, tu propio estado perdido.

Ahora, Cristo te hará conocer tu pobora antes de hacerte rico. Su Espíritu Santo te convencerá del pecado, de la justicia y del juicio venidero. Él te despojará, y aunque el arrancarte tu propia justicia sea como desollarte y arrancarte la piel del pecho, sin embargo lo hará, pues no te vestirá con el manto de Su propia justicia hasta que cada trapo de tu propia autosuficiencia sea arrancado. Esta es la razón por la que Dios está luchando contigo.

Has estado de rodillas. Baja más, hombre, baja más, cae de bruces. Has dicho: "Señor, no soy nada". Baja más, hombre, di: "Señor, soy menos que nada y el primero de los pecadores". Has sentido algo, ve a pedir que puedas sentir más, que puedas estar todavía más plenamente convencido del pecado, que puedas aprender a odiarlo con un odio más perfecto, y a lamentar

tu condición perdida con un llanto como el de Ramá, cuando Raquel lloró por sus hijos y no quiso ser consolada porque no estaban.

Busca conocer el fondo de tu caso. Haz que sea una cuestión de conciencia mirar tus pecados a la cara, y que el infierno también arda ante ti, date cuenta del hecho de que mereces perderte para siempre. Siéntate a menudo y toma consejo con el Señor tu Dios, a quien has ofendido gravemente. Piensa en tus privilegios, y en cómo los has despreciado, recuerda las invitaciones que has escuchado, y cuántas veces las has rechazado, adquiere un sentido apropiado del pecado, y puede ser que Dios deje de contender contigo, porque ya se ha obtenido todo el bien que buscaba darte mediante esta larga y dolorosa contención.

2. Otra respuesta que te daré es la siguiente, tal vez Dios contienda contigo para probar tu seriedad. Hay muchos Señores Pliables, que emprenden el camino al cielo por un corto tiempo, y al primer pedazo de camino pantanoso que encuentran, se arrastran por el lado que está más cerca de su propia casa, y regresan de nuevo.

Ahora, Dios encuentra a cada peregrino en el camino al cielo y contienda con él. Si puedes mantenerte firme y decir: "Aunque él me mate, en él confiaré", si puedes atreverte a hacerlo, y ser persistente con Dios y decir: "Aunque él nunca me oiga, si perezco, oraré, y sólo allí pereceré", entonces tienes el dominio y tendrás éxito. El Espíritu de Dios te está enseñando cómo luchar y agonizar en oración.

He visto a un hombre, cuando se ha vuelto solemnemente serio acerca de su alma, orar como si fuera un verdadero Sansón, con las dos puertas de la misericordia en su mano, meciéndolas de un lado a otro como si prefiriera arrancarlas, puertas, barras y todo, antes que irse sin obtener una bendición. Dios ama ver a un hombre poderoso en oración, decidido a obtener la bendición, resuelto a tener a Cristo, o a perecer buscándolo.

Ahora, sé ferviente. ¡Clama en voz alta! ¡No escatimes! Levántate en las vigilias de la noche; derrama tu corazón como agua delante del Señor, porque Él te responderá cuando haya oído la voz de tu clamor, escuchará tu súplica y te concederá el deseo de tu corazón.

3. Una vez más, otro asunto. ¿No será, mis queridos oyentes, que la razón por la que Dios contienda con ustedes y no les da paz, es porque están albergando algún pecado?

Ahora, no diré cuál es, he conocido a un hombre solemnemente bajo convicción de pecado, pero la compañía que tenía en el día del mercado era de tal casta, que hasta que no se separara enteramente de sus compañeros, no era posible que tuviera paz.

No sé cuál puede ser tu pecado peculiar. Puede ser el amor a la frivolidad, puede ser el deseo de asociarte con quienes te divierten, puede ser algo peor. Pero recuerda, Cristo y tu

alma nunca serán uno hasta que tú y tus pecados sean dos. Tus deseos y anhelos deben hacer un barrido limpio del diablo y toda su tripulación, o de lo contrario Cristo no vendrá a morar contigo.

"Bueno", dice uno, "pero no puedo ser perfecto". No, pero no puedes encontrar la paz hasta que desees serlo. Dondequiera que albergues un pecado, allí albergas la miseria. Un pecado consentido voluntariamente, y no abandonado por verdadero arrepentimiento, destruirá el alma. Los pecados abandonados son como las mercancías arrojadas al mar por los marineros en días de tormenta, aligeran el barco, y el barco nunca flotará hasta que hayas arrojado todos tus pecados por la borda. No hay esperanza para ti hasta que realmente puedas decir,

"Lo que no consista en Tu amor, ayúdame a renunciar.

***El ídolo más querido que he conocido, sea cual sea,
Ayúdame a arrancarlo de su trono,
y adorarte sólo a Ti".***

4. Entonces, acercándonos a una conclusión, permítanme tener su más solemne atención mientras les doy un indicio más de la razón por la que aún no han encontrado la paz. Mis queridos oyentes, tal vez sea porque no comprenden a fondo el plan de salvación. Siento que todos los ministros, y aquí tal vez yo sea tan gran pecador como cualquier otro, y me condeno a mí mismo mientras castigo a otros, todos nosotros, de una manera u otra, me temo, ayudamos a opacar el brillo de la gracia de Dios, tal como se manifiesta en la cruz de Cristo.

A menudo tengo miedo de preferir el calvinismo al Calvario, de poner el sentido de necesidad del pecador como un cerco alrededor de la cruz, y evitar que el pobre pecador se acerque tanto como quisiera al Cordero sangrante de Dios.

Ah, mis queridos oyentes, recuerden, si quieren ser salvos, que su salvación proviene entera y enteramente de Jesucristo, el agonizante Hijo de Dios. Míralo allá, pecador, sudando en el huerto. Mira las rojas gotas de sangre que caen de ese querido rostro. Oh, míralo, pecador, míralo en la sala de Pilato. Mira los chorros de sangre que brotan de esos hombros lacerados. Míralo, pecador, míralo en Su cruz.

Mira esa cabeza todavía marcada con las heridas con las que las espinas atravesaron Sus sienes. ¡Oh, vean ese rostro demacrado y desfigurado! Vean el escupitajo que todavía cuelga allí, el escupitajo de los crueles burladores. Vean los ojos flotando en lágrimas con lánguida piedad. Miren también esas manos, y véanlas correr como manantiales de sangre. Oh, párate y escucha mientras Él grita: "¡Lama Sabactani!". Pecador, tu vida está en Aquel que murió, tu curación está en aquellas heridas, tu salvación está en Su destrucción.

"¡Oh!" dice uno, "pero no puedo creer". Ah, hermano, ese fue una vez mi triste grito. Pero te diré cómo llegué a creer. Érase una vez, yo estaba tratando de hacerme creer, y una voz susurró: "¡Vano hombre, vano hombre, si quieres creer, ven y ve!" Entonces el Espíritu Santo me llevó de la mano a un lugar solitario.

Y mientras estaba allí de pie, de repente apareció ante mí Uno sobre su cruz. Levanté la vista, pero entonces no tenía fe. Vi Sus ojos bañados en lágrimas, y la sangre todavía fluyendo, vi a Sus enemigos alrededor de Él persiguiéndole hasta Su tumba, marqué Sus miserias indecibles, oí el gemido que no puede ser descrito, y mientras miraba hacia arriba, Él abrió sus ojos y me dijo: "El Hijo del Hombre ha venido al mundo a buscar y salvar lo que estaba perdido".

Aplaudí y dije: "Jesús, creo, debo creer lo que has dicho. Antes no podía creer, pero el verte ha insuflado fe en mi alma. No me atrevo a dudar; sería traición, sería alta traición dudar de Tu poder para salvar". Disuelto por Sus agonías, caí al suelo, y abracé Sus pies, y cuando caí, mi pecado cayó también. Y me regocijé en el amor divino, que borra el pecado y salva de la muerte.

Oh, amigo mío, nunca obtendrás la fe tratando de obligarte a tenerla. La fe es el don de Cristo. Ve y encuéntrala en Sus venas. Hay un lugar secreto donde la fe es atesorada. Está en el corazón de Cristo, ve y encuéntrala en Sus venas. Hay un lugar secreto donde se atesora la fe, está en el corazón de Cristo, ve y atrápala pecador mientras fluye de allí.

Ve a tu aposento, siéntate e imagínate a Cristo en santa visión, muriendo en el madero, y a medida que tu ojo lo vea, tu corazón se derretirá, tu alma creerá, y te levantarás de tus rodillas y exclamarás: "Yo sé a quién puedo creer, y estoy persuadido de que es poderoso para salvar lo que le he encomendado hasta aquel día".

Y ahora, que el amor de Cristo Jesús, y la gracia de su Padre, y la comunión de su Espíritu estén con vosotros por los siglos de los siglos. Amén y Amén.